

en cincuenta millas. Se gradúa en más de un millón de pesos el capital circulante, y el movimiento de pasajeros en más de veinte millones, advirtiéndose que la capital tiene doscientos cincuenta mil habitantes y gira el género de los negocios en un círculo en que no se hace uso de carruaje.

Los wagones son de varias clases, teniendo algunos notable elegancia: presentan cabida para veinticuatro y doce personas; generalmente van tirados por dos caballos; los más económicos son conducidos por un caballo, encargándose el conductor de recoger la paga á los pasajeros.

En esta conversacion llegamos á la calle de Clay.

En la esquina que da á la de Kearny esperamos los wagones, que son como los comunes, sin más diferencia que la de que la plataforma se extiende como un pequeño portal sostenido en delgadas varillas, y aquellos asientos al aire libre son muy codiciados y comunican al tren cierto aspecto de alegría muy agradable. Por supuesto que en los días de lluvia y en el rigor del invierno, son ménos solicitados los asientos de plataforma.

Los coches no tienen mulas ni se percibe á primera vista conductor en el interior del carro, ni en la parte exterior visible hay manubrio, ni nada que parezca comunicarse con el carruaje. Rueda éste sobre sus rieles como un wagon común, y solo se percibe en el espacio de riel á riel una canal ó zanja muy angosta.

—Para que vd. tenga idea perfecta de lo que desea saber, subamos en los carruajes.

La calle de Clay está situada en la pendiente de una colina de bastante elevacion, y en la colina se percibe el rápido descenso.

La colina está en el centro de una localidad, no solo la más bella, sino la más salubre de la ciudad; de ahí es que, como por encanto, brotaron á la falda y á los alrededores de la colina, preciosas quintas, jardines perfectamente cultivados, fábricas y talleres que hicieron ese rumbo de la ciudad de lo más interesante.

Proyectóse, en cuanto se notó el desarrollo de esa parte de la población, el ferrocarril; pero no se pudieron vencer los obstáculos que oponía el terreno, ya para la tracción por caballos, ya para la locomotora.

A M. A. S. Hallidie se reservó el triunfo sobre esas dificultades, que parecían insuperables.

M. Hallidie es un excelente ingeniero que ha obtenido por sus talentos mecánicos notables triunfos: á él se debe el éxito brillante de los ferrocarriles de la calle de Clay.

Descendimos de los wagones mágicos: estábamos en lo alto de la colina.

Vimos una gran máquina de vapor dando vuelta á una gran rueda dentada. A la rueda la circuye una cadena sin fin, que corre en toda la extensión de los rieles por el canal ó abertura, en el intermedio de los rieles de que hablamos; por medio de una fuerte polea se une la cadena con el extremo de la grada del wagon, á una uña de acero; así se comunica el impulso de subir ó bajar con la celeridad que se quiera.

La uña suelta ó afianza la cadena por medio de un resorte.

Cuando se quiere detener el carro, la uña suelta la cadena, levantando á la vez unas palancas que suspenden en alto

el wagon, mientras la cadena sigue girando, y para continuar el camino afianza la uña la cadena: esto se hace instantáneamente, sin el menor peligro ni inconveniente.

El sistema, según el dicho de M. Hallidie, no es nuevo, pero tiene algo de mejor, y es que es muy bueno, y tanto, que varias compañías se habían propuesto adoptarlo, por las inmensas ventajas que produce, entre otras, la de prestarse á una baratura positivamente fabulosa.

Cuando volví al hotel, dije á Francisco:

—Mira estas apuntaciones; ya verás que soy obediente chico.

—Me parece bien: en cambio, yo te he guardado una anédocta que me acaba de contar un paisano recién llegado de New-York, que ha acontecido á un mexicano, que en este momento estará en nuestra patria en paz y en gracia de Dios. . . .

—Venga el cuento. . . .

—Alto, hermano, dijo Francisco, será después de visitar al Jorobado, tu favorito de la fonda; volveremos aquí y te ayudará á conciliar el sueño la relación que sabrás por boca del testigo presencial, que quedó de volver á las tres de la tarde.

Comimos nuestra rutinaria alimentación: la sopa con apio, los pescadillos de cartón, los riñones cotidianos de gutta perca barnizados, el dulce de pintura de bermellón ó cosa muy parecida.

Cuando regresamos al cuarto, nos hallamos al paisano de holgado paletó, sorbete como de cantería, tremendas botas, guante de lana, bastón como rama de árbol y dos ráfagas de bigote que parecían salir de sus narices y entrar en sus

orejas, teniendo como en columpio su nariz, del tamaño de un muchachito desnudo volteado de espaldas.

Bramaba el paisano contra los yankees.

—¡Qué modales! decía. Cambian á la madre que los parió por un *greenbak*! Y las mujeres. . . . esas no son mujeres, son tenazas, son garfios. . . . no conozco pegamento más obstinado que esas arpías. . . . son alguaciles y guardas de resguardo. . . .

Por tan fácil camino llegamos al cuento anunciado por Francisco, teniendo no obstante la discrecion de carabiar los nombres para no herir susceptibilidades.

—Venimos á los Estados-Unidos Lucio y yo, en comision de una riquísima casa de comercio, hace dos años. Nada nos faltaba, teníamos dinero, buenas relaciones, salud y juventud.

Nos soltamos por aquellas calles de New-York, como toros: los prácticos nos rodearon, los paisanos nos hicieron la corte, y á muy poco conocíamos á todas las actrices, nos hombreábamos con los calaveras, recorriamos como nuestras casas las calles de Green y la 26, los cafés cantantes y el *Restaurant de las Sultanas*.

Teníamos nuestro peluquero servil, nuestro sastre condescendiente, nuestras modistas de confianza y nuestros valientes y endemoniados por amigos.

Al principio nos instalamos en un grande hotel, despues preferimos un cuarto independiente y comer *á la carte*, y por último, nos radicamos en una casa de huéspedes, que presentaba mil comodidades.

Se comia *en familia*, se nos proveyó de una llavecita para penetrar á todas horas de la noche en nuestro depar-

tamento y se nos presentó *en el parlor* á visitas de la casa, *comme il faut*, es decir, como las podíamos apetecer.

La familia hospedadora se componia de una señora aun no retirada á inválidos, un señor taciturno, gloton y más indiferente al parecer á la familia que cualquier huésped, y unas dos ó tres criadas, fortachonas, blancas y muy expertasen esto de cuidar solteros; esto, unido al perro dormilón y al gato travieso, eran el personal de la casa de huéspedes.

A los tres ó cuatro dias de instalados, me dijo Lucio:

—Chico, amores tenemos: la Ernestina se ha sonreido conmigo. . . . y mira, voy á la casa de mi maestro de inglés para que me traduzca esta carta. . . .

Era una declaracion incendiaria.

En efecto, la niña hacia avances, se apoderó á la hora de la mesa del asiento cercano á Lucio.

—Julian, me dijo, la niña está flechada; ¿no oiste? le dije que cómo le habia yo de nombrar, y me dijo: *My wif*.

—¿Qué quiere decir eso?

—Clarito: mi esposa.

—Y crearás? gente de buen trato, no aquellas gazmoñerías de nuestra tierra. Julian, ya podias decirle cuatro palabras á esa Emma que viene aquí, *me harias lado*, podriamos pasear juntos.

—¡Excelente idea! *Incontinenti*, le disparé á la tal Emma una descarga de visajes que la dejé fria.

Lucio no estaba enamorado, pero sí orgulloso: regaló á la chica un anillo con su fecha y un "tuyo hasta la muerte," que hacia temblar las carnes.

En la noche del obsequio hubo no sé qué juego de pren-

das, y no diré á vd. por qué carambola; pero en cierta penitencia, cuando yo volví la cara, Ernestina habia plantado un beso retronado á Lucio, que se quedó con cara de tonto. . . . el viejo clamó: *Oll rihgt*, y pasó aquello como impercibido.

Al fin Ernestina combinó las salidas con Emma, y á poco, coche arriba, coche abajo, y paseos y teatros van y vienen. . . . y Emma y yo les establecimos competencia, por supuesto sin faltar en lo más leve al orden legal.

Una noche, á deshora, la Ernestina salió de su cuarto, y sin gran reserva, y como si nadie la sintiese, vino á visitar el nuestro, porque dizque tenia miedo. . . .

Confieso á vd. que yo fui quien me asusté, y le dije á Lucio:

—Hermano, aquí espantan, y yo me largo. . . .

Con efecto, pretextamos ocupaciones, necesidad de estar al otro extremo de la ciudad en nuestros negocios, etc. . . . Los viejos hicieron en todo esto un papel como si fueran de palo. . . .

Las correrías en la calle fueron más frecuentes y costosas.

—Hermano, le decia yo á Lucio, acuérdate de aquella Guadalupe que está gimiendo y llorando en el Valle de México por tí, y que ya mero queda calva de los mechones de cabello que te incluye en sus cartas. . . .

—No seas bárbaro, me contestaba, aquella es la mujer del corazon: esta es la de la civilizacion. . . .

Y luego, aquellas mujercitas de México tan chiquitas, y tan de mal genio, y tan celosas, y tan escurridas. . . . no, hombre, si esto es divino! me parece que estoy enamo-

rado de una Catedral. . . . cada beso suyo me alza un moreton.

El dia ménos pensado, y cuando ménos lo esperaba, recibí una carta Lucio, á raja tablas, llamándole para nuestra tierra. . . . yo debia permanecer en New-York.

Mi amigo pagó sus cuentas, hizo sus aprestos y dió parte á la familia de Ernestina de su partida.

—*Well, Well*, dijo el viejo, que repito era un mastodonte brusco y taciturno como él solo. *Well*, mañana á las siete espero á vd. á tomar el *the* por despedida.

—Aquí estaré sin falta.

—Ya lo ves, me decia el amigo al salir; ahora solo pienso en mi Lupe. . . . tendremos nervios, habrá éxtasis. . . . yo seré feliz. . . .

En cuanto á mí, me quedaba el recurso de convertir en crónico el amor de Emma, y con calmantes de otra especie, consolarme de la ausencia de mi amigo.

Al siguiente dia fuimos puntuales al *the*; Lucio estaba guapo: guantes, corbata blanca, elegante *sobretudo*, raya abierta en medio de la cabeza.

Yo me compuse lo mejor que pude.

Algunos amigos de la casa asistieron, las criadas estaban de gala, el comedor muy alumbrado.

Carnes frias, lenguas de *Sandwich*, quesos, pickles, frutas en su jugo, keks. . . . vamos, se habia portado nuestra anti-gua patrona.

La señora presidia: de un lado de ella estaba el viejo; del otro, Lucio. Se comió con alegría, se bebió mucho, y se dijeron brándis entusiastas.

Cuando estábamos al concluir, M. Horace, que así se llamaba el viejo, dijo á Lucio:

—Por fin, resueltamente marcha vd. mañana?

—Sí, señor, mañana sin falta.

—Oh, bien! bien! yo creo que partirá vd. con su mujer....

—¿Cómo con mi mujer? yo no soy casado.

—*O Well*, lo será vd. Ahí está su mujer de vd. (señalando á su hija), y ó se va vd. con ella, ó se va por otra parte.

Y diciendo esto, con la mayor sangre fria del mundo, sacó de las hondas bolsas de su paletó dos pistolas; puso una de ellas frente á Lucio, y la otra, despues de requerir el gatillo, la colocó frente á sí....

El espanto fué universal; todos quedaron como petrificados en sus asientos; quiso hablar Lucio, el viejo le impuso silencio: estaba espantoso; yo.... quise mediar.... pero callé.... sin darme cuenta, porque la escena, sin el menor aparato, cobró un aspecto horroroso.

—Como un hombre que va á morir puede tener algo que disponer, doy á vd. por plazo lo que tarde en arder este purito.... fume vd. tambien.....

El viejo, tan silencioso, tan frio aparentemente, tenia bajo su máscara de hielo un aspecto terrible; á su lado habia cartas de Lucio y el anillo aquel de *tuyo hasta la muerte*. La concurrencia era como de estatuas.

Lucio estaba perdido....

—Que venga el notario, dijo al fin....

—¡Hurra!.... clamó la concurrencia, levantando las copas y dando así tregua á su agonía.

Al dia siguiente, salia mi amigo casado de New-York para México, cargando envoltorios, llevando del brazo á Ernestina y hecho un modelo de padres de familia.

—¿Y vd., dije yo al narrador de aquella aventura, qué hizo?

—Yo! pues aquí estoy.... dí tal estampida al dia siguiente, que no paré sino hasta aquí, donde tengo unos parientes que me proveerán de recursos para volver á mi patria.... y me voy á vivir á un púeblo de indios, para no ver Ernestinas, ni Emmas.... ni nada que trascienda á *gringo*. Lances por este estilo son frecuentes; habrá quien me reproche mi actitud impasible en lo de la escena del viejo; pero en esto de valentías sucede como con las malas jugadas del ajedrez: los mirones siempre ganan....